

# LOS CASERIOS VIZCAINOS<sup>(1)</sup>

ALBERTO SANTANA

## 1. INTRODUCCION

El caserío vizcaíno no existe como tipo arquitectónico con identidad propia, sino como un conjunto de subespecies de la vivienda popular vasca que conviven en un territorio específico. Sólo de manera muy genérica puede plantearse una definición unitaria de los caseríos vizcaínos, presentándolos como edificios rurales de notable calidad constructiva, caracterizados por un volumen compacto y exento, con espacios interiores especializados para vivienda, establo y almacén, y habitados por una o dos familias.

El caserío tiene una marcada vocación de aislamiento, y nunca comparte sus muros laterales con otras viviendas vecinas; nunca se somete a alineaciones en calle, ni tampoco configura plazas o espacios ordenados de uso colectivo. Sin embargo, la dispersión absoluta no es la norma del poblamiento. Sólo en algunos supuestos minoritarios aparece el caserío solitario en los campos, rodeado por sus tierras en coto redondo. En contrapartida, es más frecuente encontrarle asociado en aldeas, denominadas *auzo*, barrio o cofradía, formando núcleos agrupados de cinco a diez viviendas que comparten la propiedad de una pequeña ermita y que además están ligadas por un conjunto de normas consuetudinarias que imponen obligaciones de cooperación y asistencia recíproca.

Los caseríos vizcaínos, en todas sus posibles variedades, se presentan como sólidos bloques construidos, sin voladizos ni patios interiores, cerrados en sí mismos sobre una planta cuadrangular de 150 a 400 m<sup>2</sup> acogida bajo los grandes faldones de una cubierta de teja roja a dos, tres o cuatro vertientes. En el supuesto más habitual de que el tejado sea a dos aguas, éstas escurrirán sobre las caras laterales, nunca sobre la fachada delantera del edificio.

Sobre la base de estos rasgos comunes, tan genéricos, las formas de abordar la materialización de un caserío concreto han sido distintas en cada época y comarca de Bizkaia. Existen cerca de 16.000 caseríos en este territorio vasco, y más de veinte subtipos diferentes de edificio.

Basta recorrer con una mirada atenta cualquier valle de Bizkaia para caer en la cuenta de que no existe un modelo único de vivienda rural. En cada pequeña barriada pueden detectarse dos o tres tipos de casa distintos que, aun compartiendo unos rasgos de identidad comunes, difieren en dimensiones, en el modo de combinar materiales, y muy a menudo, en la propia forma de plantear la estructura constructiva. Si incluimos en la comparación a valles de comarcas distintas el abanico de posibilidades se abre aún más, aunque manteniéndose siempre restringido a un repertorio de opciones relativamente limitado.

Las diferencias climáticas o geológicas son poco acusadas en el pequeño territorio de Bizkaia, y no pueden alegarse como causas que justifiquen semejante variedad de modelos. Las abundantes precipitaciones son una constante en todo el territorio, lo mismo que las temperaturas moderadas. En todas las comarcas abundaron históricamente los mismos materiales susceptibles de ser utilizados en la edificación de la vivienda: canteras de piedra arenisca de fácil labra, frondosos bosques de roble y accesibles vetas de arcilla plástica para ser convertida en teja y ladrillo en hornos árabes.

Por otra parte el hecho económico y sociológico del caserío es siempre muy parecido a su estructura fundamental. La legislación local tradicional defiende la transmisión íntegra del patrimonio agrícola, evitando la fragmentación del mismo en manos de todos los potenciales herederos y garantizando la perpetuación de explotaciones pequeñas pero económicamente viables. La orientación de la producción ha ido variando a través de los siglos en un continuo proceso de adecuación de las fuerzas de los

(1) Adaptado y corregido de «Morfología de los caseríos vizcaínos», *Ibaiak eta Haranak*, vol. 4 (San Sebastián, 1991), por el mismo autor.

campesinos vizcaínos a los recursos de su tierra. Así, si durante la Edad Media fue prioritaria la crianza de vacas y bueyes de carne, en el siglo XVI cobraron protagonismo el trigo y la sidra, que en las dos centurias siguientes serían desplazados por el maíz. Desde mediados del siglo XIX cada vez se emplea una porción de esfuerzo mayor en el cultivo de las huertas con patata, alubias y hortalizas, y así hasta nuestros días, en los que la mayor parte de la superficie laborable está ocupada por prados de siega y plantaciones de pino insignne, y las peores fatigas que padece el campesino las provoca el ordeño y comercialización de la leche.

Si estos valores son prácticamente constantes en toda Bizkaia, las diferencias constructivas que presenta el caserío entre comarcas sólo pueden explicarse por la existencia de tradiciones arquitectónicas puramente locales y por la progresiva especialización productiva de determinadas áreas del territorio, que obligó a adaptar la vivienda a funciones muy precisas. Por el contrario, la diversidad de modelos que llegan a convivir en un mismo valle o municipio ha de entenderse como el resultado de un proceso de acumulación de distintas propuestas históricas, motivadas por cambios trascendentales en las técnicas de construcción, en los productos de cultivo y en el propio régimen de propiedad y trabajo de la tierra.

## **2. EL NACIMIENTO DE LOS CASERIOS VIZCAINOS**

Casi todos los modelos de caserío que existen hoy en Bizkaia nacieron en el siglo XVI. No hay caseríos anteriores a esta fecha, aunque gracias al hecho de que en el País Vasco la casa de labranza siempre tiene nombre propio se ha podido comprobar que muchos de los edificios actuales sustituyen en su mismo emplazamiento a construcciones medievales ya desaparecidas.

Numerosos testimonios de la época coinciden en señalar en crecimiento sostenido de la población a lo largo de la primera mitad del siglo XVI. La expansión demográfica exigió acondicionar nuevos espacios habitables que se lograron a costa de talar el bosque y de destruir los pastos invernales. Había auténtica hambre de tierras y sin embargo, salvo algunas excepciones, la mayor parte del terreno de vega o fondo de valle estaba en manos de los poderosos Parientes Mayores y sus sucesores, propietarios de las ferrerías, molinos

y casas torre que se alzaron junto a los ríos.

En el imprescindible reajuste del paisaje agrario vizcaíno que se produjo, uno de los primeros afectados fue el ganado mayor que, de vivir habituado a la transhumancia estacional de corto recorrido, pasó a un régimen de semiestabulación, con permanencias de cinco a seis meses en el interior de la vivienda. En prueba de ello, todos los caseríos que se edificaron a partir de aquel momento dedicarían más de la mitad del espacio construido a cuadras y pajares. En sus pesebres no sólo se criaron vacas y novillos de carne, sino también mulas y bueyes de carga; sobre todo en el entorno inmediato de las villas y en zonas, como el valle de Salcedo o el Cadagua, en las que el continuo tráfico de mercancías entre Castilla y los puertos costeros requería los servicios de un pequeño ejército de arrieros y carromateros locales.

Se amplió la demanda de pan y se incrementó notablemente la superficie dedicada a los cereales. Muchas familias volcadas en el esfuerzo de producir trigo en las empinadas laderas vizcaínas se vieron recompensadas con cosechas abundantes, que superaban su propia capacidad de consumo. Era necesario crear instalaciones adecuadas para conservar el grano y se probaron distintas soluciones, todas ellas de gran valor arquitectónico e incluso estético, ya que la posesión de un granero era un símbolo de riqueza y prestigio. Algunos construyeron hórreos de madera frente a la casa, pero fue más frecuente el caso de quienes integraron el almacén dentro de la propia vivienda, concediéndole un emplazamiento preeminente y bien visible: en el centro de la fachada, sobre el soportal de entrada. Una opción menos habitual, que sólo se difundió en los valles orientales de Bizkaia, fue la de guardar el grano en grandes trojes de madera armados en la bodega, junto a los barriles de sidra.

El trigo favoreció el desarrollo del caserío moderno y en muchos casos condicionó su propia estructura física. Podría hablarse de una categoría de «caseríos del trigo» del siglo XVI; del mismo modo que se pueden catalogar como «caseríos del maíz» algunos modelos de vivienda que proliferaron en las Encartaciones y en las antiguas Merindades de Uribe y Busturia durante el siglo XVIII.

Como ocurrió en todos los ámbitos de la arquitectura, también en la construcción rural el siglo XVI fue un período de experimentación e innovaciones trascendentales.

La fase más sugestiva es la inicial, que abarca también los últimos años del siglo xv. Siendo la etapa más antigua del caserío vizcaíno es al mismo tiempo una de las más variadas en formas, materiales y estructuras. Entre los cinco modelos básicos, estrictamente coetáneos, que se describen a continuación los hay que están contruidos en madera o íntegramente en piedra; hay caseríos con y sin soportal; los hay que sólo utilizan como vivienda el piso superior y los que concentran todas las alcobas en la planta baja. Y la variedad no se agota aquí.

### 3. LOS CASERIOS MAS ANTIGUOS DE BIZKAIA

Los modelos de la primera mitad del siglo xvi presentaban ya una rica variedad de estructuras, materiales constructivos y organización de espacios.

#### 3.1. El caserío de piedra

Es una vivienda de aspecto hermético y macizo, cerrada en sus cuatro caras con gruesos muros de mampostería o sillarejo. Tiene un alzado muy reducido, sólo con planta baja y un piso superior abuardillado, dedicado a pajar y desván. Sus únicos vanos abiertos al exterior son dos grandes accesos en arco ojival de piedra, uno para personas y otro para el ganado, rasgados en el frontis y en la cara zaguera, respectivamente. Dispone de un número muy limitado de ventanas o huecos de ventilación, todos estrechos y de

poca luz, con arco apuntado o conopial.

Este modelo estuvo bien implantado en Gipuzkoa, pero parece por los restos supervivientes que tuvo menos éxito en Bizkaia, a pesar de que su área de difusión fue bastante extensa. Hoy resulta particularmente abundante en Izpaster y en los municipios del valle inferior del río Lea, aunque también pueden encontrarse ejemplos notables en las Encartaciones, como Urrutia (Güeñes) y Gobeo (Zalla).

#### 3.2. EL caserío de madera

Es un edificio con soportal centralizado, construido sobre un armazón reticular de grandes postes de roble, que al exterior se cierra con muros de mampostería en la planta baja y con tablazón en los pisos superiores. Frecuentemente el extremo del camarote avanza en voladizo sobre el plano de la fachada y aparece decorado con tallas geométricas. Lo habitual es que la vida familiar se desarrollase en la planta baja, aunque se conocen casos excepcionales en que todo el primer piso estaba dedicado al ganado.

Son construcciones extremadamente frágiles, con un alto riesgo de incendio, tanto por la naturaleza del material con que están fabricadas, como por el hecho de carecer de chimenea y disponer de cocinas con fuego central. En algunos casos toda la cocina se convierte en campana del hogar, con un alto techo troncopiramidal que permite desalojar sin peligro el humo y las llamas. Así ocurre en Ugarka (barrio de Astarria, Zeanuri).



Caserío Landetxo Goikoa (Mungia). Es uno de los ejemplares más valiosos y antiguos de la arquitectura popular vasca. Se construyó a principios del siglo xvi para una familia de campesinos acomodados. En el centro de la fachada se abre el característico soportal de la casa vizcaína y sobre él, el almacén de granos y productos de la huerta.



Caserío Urizar (Abadiño). Su estructura con esqueleto de madera es la típica de la casa popular vizcaína en la segunda mitad del siglo xvi, aunque cien años más tarde se le añadieron la columna del portalón y el balcón. Cada generación va introduciendo cambios y mejoras en la vieja casa familiar siguiendo las modas de su tiempo.

El ejemplar más notable de cuantos existían en Bizkaia era Legorburu (Orozko), que ardió en los años setenta. Hoy todavía puede encontrarse un excelente conjunto de casas de esta especie en el barrio de Kallarte (Zeanuri). Su área de difusión natural fueron los valles de Arratia, Zeberio y Orozko, con una limitada expansión hacia el norte, marcada por edificios aislados como el caserío Goirizarra (barrio de Gorozika, Muxika) o Bengoetxe (Loiu).

### 3.3. El caserío mixto, de madera y piedra

Es el tipo de vivienda que gozó de una mayor aceptación en su época y el que, evolucionando posteriormente, dio lugar a los modelos más típicos y divulgados de caserío vizcaíno. Tiene también soportal centralizado, pero el alzado de los cuerpos laterales de la fachada está construido con paramentos de piedra. Solamente el tramo central del frontis, ligeramente rehundido, se cerraba con paneles de tabla, que en muchos casos han sido sustituidos por muros más sólidos. Puede disponer de arcos ojivales al fondo del soportal o en la entrada posterior de la cuadra, y también es frecuente la presencia de ventanas *de asiento* geminadas en el piso superior, y de pequeños vanos de respiración zagueros.

La estancia panelada de madera que se localiza encima del soportal no era habitable; era el sustituto interior del hórreo, al que antes nos hemos referido. De hecho, la vida familiar se desarrollaba en la cocina y en los aposentos de la planta baja.

Toda la geografía vizcaína estuvo

salpicada de edificios de este género, algunos de ellos de corte auténticamente monumental, como Landetxo Goikoa (Mungia), Ormaetxe (Markina-Xemein) y Undajauregi (Muxika). Su área de desarrollo más brillante fueron los valles situados al norte del río Ibaizábal, pero no es difícil encontrar ejemplares lejanos de gran interés, como el solar de Rekalde (Güeñes) o el caserío de Laguanaz (Trucios).

### 3.4. El caserío con patín de las Encartaciones.

Es un tipo de casa poco usual, posiblemente el más original de cuantos se inventaron en Bizkaia a fines de la Edad Media. Es una casa de piedra dotada de planta baja, piso y camarote o pajar. El nivel inferior está ocupado únicamente por el ganado y tiene entrada propia en la fachada principal, bien adintelada o bien bajo arco de sillería, nunca con soportal. El grupo familiar habita en la planta noble y sube a ella por una escalinata exterior de piedra, denominada *patín*, que se adosa al frontis. Hay ejemplares altos y estrechos, como los de Santxosolo (Güeñes), y otros con una silueta más apaisada, que se aproximan a la imagen de los caseríos de la Bizkaia Oriental, como los de la Ribera de Lorgi (Güeñes).

### 3.5. El caserío con soportal corrido.

Se trata en realidad de un subtipo de la casa de madera, que presenta como rasgo diferenciador un amplio soportal abierto en toda la anchura de la fachada. Este pórtico corrido

deja a la vista la estructura de soportes, formada por gruesos postes de roble alzados sobre poyos de piedra. También suele tener camarote abalconado y utiliza las tablas machihembradas tanto para los tabicajes interiores como para los cerramientos superiores de fachada.

Es una variedad de edificio muy escasa y prácticamente extinguida. El último ejemplar vizcaíno era el caserío Amezola (Zeberio), pero tras largos años de deterioro y abandono ha sido demolido por las excavadoras en 1990. Su pérdida constituye una de las agresiones más dolorosas que ha sufrido el patrimonio arquitectónico rural en esta década.

#### 4. LA MADURACION DEL CASERIO MODERNO

Tras una fase de decantación de varias décadas, puede decirse que todos los caseríos que se construyeron en Bizkaia a partir del último tercio del siglo XVI renunciaron al uso de la madera como material de cerramiento y aceptaron unánimemente las ventajas que reportaba la posesión de un soportal, como lugar adecuado para el almacenaje, el trabajo y las relaciones sociales. La casa de labranza se edificó con soportes interiores de madera, muros de piedra en la planta baja y tabiques ligeros de entramado en el piso superior.

La generalidad de las cabañas campesinas que se fueron renovando hasta bien avanzado el siglo XVII adoptaron este modelo, que durante algún tiempo pudo considerarse como el más típicamente vizcaíno,

dado su amplio grado de difusión. Sin embargo, ya desde 1570 hubo canteros expertos que intentaron ensayar soluciones técnicas más avanzadas, aplicando a la arquitectura popular elementos y estructuras de duración ilimitada, que paliasen la vulnerabilidad y deterioro progresivo que sufría la madera. Una vez abandonada como elemento de cerramiento se trataba de limitar al máximo sus funciones soportantes.

##### 4.1. El caserío de fachada entramada sin postes

Eliminar los grandes árboles firmemente anclados en el suelo, que soportaban la armadura del tejado del caserío, suponía replantear el sistema tradicional de construcción del edificio y modificar toda la estructura de cargas, de forma que fuesen los muros perimetrales y la pared medianera los auténticos sostenes de la obra.

Los primeros pasos en esta dirección debieron darse en el Duranguesado, entre familias de campesinos con importantes recursos económicos y vocación innovadora. Caseríos como Berrizbeitia (Berriz), construido en 1572, y Arabio Azpikoa (Elorrio), poco más tardío, prescindieron de los postes interiores y también de los que flanqueaban la entrada del soportal y servían de apoyo a la viga carrera de entrada. Los dos ejemplos citados tienen ventanas cuadradas de estilo manierista y otros detalles cultos que demuestran que se trataba de proyectos ambiciosos que, de algún modo, pretendían desmarcarse de la mediocridad que les rodeaba.



Caserío Olaetxe de Atxarte (Abadiño). Casa típica de la comarca del Duranguesado, construida a fines del siglo XVII. Los buenos caseríos de esta época se caracterizan por sus fachadas de entramado y el abundante uso de ladrillo desnudo.

Lo que de hecho consiguieron fue inaugurar un modelo de edificio técnicamente más avanzado, que se vulgarizaría rápidamente y seguiría construyéndose sin apenas variaciones hasta mediados del siglo XIX. En el momento de máximo éxito su área de difusión cubrió toda la cuenca del Ibaizábal y los valles situados al norte de la misma.

Este modelo de caserío, de coste relativamente modesto en el marco de la arquitectura popular vizcaína, logra bellos efectos visuales en la combinación de los distintos materiales que configuran su fachada principal. La planta baja de la misma está realizada con mampostería enfoscada, pero los pisos superiores suelen mostrar al exterior una compleja trama de viguetas ortogonales y oblicuas cuyos huecos se rellenan de multitud de maneras diversas: con ladrillo rojo, con las escorias del hierro labrado en las antiguas ferrerías artesanales, con setos de varas de castaño o avellano empastados con argamasa, con piedra menuda, etc. Algunos ejemplos singularmente atractivos son Zierre (Kortezubi), Intxaurrandi (Arrazua), Mendieta (Maruri) Olazarre (Lezama) y Palacio Bitaño (Izurza).

#### 4.2. El caserío con soportal de arcos

La casa de labranza sin postes suponía una gran innovación en el panorama de la arquitectura rural, pero aún mantenía la presencia de una gran viga en la fachada del edificio: la que servía de dintel en el acceso al soportal. Su eliminación generalizada tardaría aún mucho en llegar, pero la solución técnica para prescindir de la misma ya fue experimentada por algunos maestros de obra pioneros, de fines del siglo XVI. Era el arco con dovelas de sillería; trazado con la cuerda más larga y la flecha más corta posibles, es decir, tratando de que fuese casi plano.

Caseríos con arco, como el monumental Garatikua (Garai), alzado en 1574, o el refinadísimo Lekoia Bekoa (Berriatua), constituyeron la avanzada de un modelo que, en realidad, no llegaría a cuajar hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Zengotita Bengoa (Mallabia), que es coetáneo de los anteriores, resulta aún más vanguardista si cabe, ya que en la entrada del pórtico no tiene uno sino dos magníficos arcos rebajados que apean sobre una columna facetada.

En la práctica, la inmensa mayoría de los caseríos con arco en el soportal que pueden contemplarse en los valles vascos son construcciones ba-

rrocas o neoclásicas. Pasan por ser el arquetipo de la casa rural vizcaína, aunque lo cierto es que son del todo desconocidos en más de un tercio del territorio. En Arratia, en la cuenca del Nervión y en las Encartaciones no llegaron a difundirse, pero en el resto de Bizkaia, y sobre todo en el Duranguesado, lograron gran popularidad y un altísimo nivel de calidad material en su ejecución. Para muchos observadores éste es el modelo más perfecto de casa de labranza creado por los campesinos locales en su historia, y no dudan en subrayar la elegancia señorial de estos pórticos enlosados con roscas y pilares cajeados, la imponente imagen de sus fachadas regulares de tres y cuatro pisos, y la solidez de sus muros de piedra encalada con refuerzos de óptima sillería.

La difusión de esta variedad de vivienda rural comienza en el vecino valle guipuzcoano del río Deba a mediados del siglo XVII y prende con fuerza en la cuenca alta del Ibaizábal, sustituyendo a cabañas de madera y otras construcciones modestas heredadas del pasado. Son los tiempos inmediatamente posteriores a la milagrosa aclimatación del maíz americano y los propietarios de tierras estimulan la siembra y ocupación de nuevas parcelas ofreciendo a los campesinos viviendas amplias y confortables. Con todo los mejores ejemplares de caseríos de portalón con arcadas los alzarán como residencia propia los labradores independientes durante la segunda mitad del siglo XVIII, logrando cotas de calidad tan notable como la que puede apreciarse en San Julián (Iurreta, 9764), Dorronsoro (Atxondo, 1763), Zabaleko (Elorrio) u Otxaita (Bérriz, 1799). Algo más tardío que los anteriores, Omagoieaskoa (Kortezubi, 1846) representaba una de las expresiones más bellas de casa de labranza que pueden encontrarse en la Península: todo el equilibrio del clasicismo aplicado a un edificio autóctono y agropecuario.

#### 5. DOS VARIEDADES COMARCALES TARDIAS

La difusión de la casa con arcos de piedra no fue el único cambio importante que conoció el panorama de la vivienda vernácula durante el siglo XVIII. La plena popularización del maíz americano, que había comenzado a cultivarse desde principios del siglo XVII, y la especialización de ciertas áreas del territorio en la cría ganadera, tuvo un reflejo directo, aunque no inmediato, en el aspecto y la

estructura de la residencia campesina.

El grano de maíz debía secarse en la mazorca antes de ser molido y, en un principio, este proceso de maduración comenzó a realizarse en las cocinas de fuego central, sin chimenea. El resultado era que las mazorcas se cubrían de humo y hollín y la harina perdía calidad. La solución adoptada fue añadir largos balcones de madera torneada a la fachada de la casa y dejar que fuese el sol quien granase el cereal colgado en ellos.

En ocasiones, como ocurrió en el área más occidental de las Encartaciones, la necesidad de combinar estas barandas con un mayor espacio útil en las cuadras dio origen a la aparición de un nuevo modelo de caserío.

### **5.1. El caserío con balcones de la Encartaciones Occidentales**

Es un tipo de vivienda notoriamente más alto y estrecho que el caserío de las comarcas vascófonas de Bizkaia. Su fachada carece de soportal y está enmarcada por espolones, entre los que se cuelgan dos o tres registros de balcones de madera. El acceso al edificio es un único portón adintelado, común para hombre y animales. Sin embargo el ganado disfruta de la totalidad de la planta baja para su servicio, mientras que el grupo familiar reside en los pisos más altos, aprovechando el calor que generan las bestias.

Son casas de buena cantería, con pesados bloques de piedra labrada en sus puertas y ventanas, y con sus fachadas compuestas con ordenada elegancia y severidad.

Este afortunado híbrido de arquitectura popular vasca y montañesa se difunde desde mediados del siglo XVIII, y es en la actualidad el tipo de casa rural más habitual en Carranza, Trucios y Arcentales, aunque su ámbito de implantación se extiende sin solución de continuidad a los municipios cántabros limítrofes, como Otañes, Guriezo, Gibaja, etc.

La influencia de otros modelos de vivienda rural es muy evidente en

esta zona de contacto interregional, y no faltan aquí ejemplos de agrupación de casas en hilera, al modo habitual de los valles del Saja y Nansa, como puede comprobarse en el barrio de Bernales (Carranza). La calidad constructiva de este subtipo de vivienda rural es inferior a la que en el mismo género se aprecia en Cantabria, y las fechas de aparición son más tardías, aun cuando existen ejemplares excepcionalmente precoces, de mediados del siglo XVI, localizados en ambientes cuasiurbanos como la villa medieval de Lanestosa.

### **5.2. El caserío cúbico arratiano**

Durante el siglo XVIII y, en especial, a lo largo del XIX, es muy frecuente en Arratia y en la cuenca media del Nervión, desde Llodio a Arrigorriaga, la construcción de caseríos cúbicos con tejado a cuatro vertientes. También en ellos se opta por acomodar a personas y animales en plantas diferentes, pero la separación llega aún más lejos que en el modelo de las Encartaciones Occidentales, ya que se dispone de accesos independientes para ambos. La entrada a la zona residencial se efectúa desde un balconcillo colgado, al que se llega después de ascender un patín. La escalera puede ser de piedra o madera, y en el primer caso suele conformar un bloque macizo que se perfora a través de un arco de lajas para facilitar y proteger el paso a la cuadra.

Este caserío nunca tiene soportal, pero a cambio dispone de tejados con alero de amplio vuelo, para proteger de la lluvia a sus moradores. Es una de las variedades más tardías y pobres en las que puede presentarse la casa rural de la región, al estar realizada con mampostería menuda, cantos rodados y piedra sin labrar. En su diseño y distribución funcional de espacios parece ser fruto de la especialización de la comarca en la crianza de ganado vacuno, en detrimento de un cultivo de cereales que siempre fue deficitario en este área que ostenta las cotas de altitud más elevadas y las temperaturas más bajas del territorio vizcaíno.